

EL VISITANTE

(Un libro de Luis Beltrán Guerrero)

Acaba de ver la luz en Madrid, en la prestigiosa colección "Los poetas", que dirige Antonio Oliver, y con el título que encabeza estas líneas, un libro del poeta venezolano Luis Beltrán Guerrero. Ese *visitante* es el propio poeta, el autor de *Posada del ángel* y otras obras que la crítica ha ensalzado justamente. Visitante de la vieja Europa, de la vieja España *mater*, que no conocía. En Madrid, sus amigos —y amigos de Venezuela— le dimos nuestra bienvenida y nuestro abrazo. Charlamos de letras hispanas y venezolanas y (¡cómo no!) de política. Pero lo que yo no sospechaba es que nuestro *visitante* estaba escribiendo un diario poético, que hoy nos ofrece en el volumen que más arriba he citado. Como Rubén Darío, también Beltrán Guerrero ha escrito aquí, junto al mar latino, el viejo mar de Ulises, *su verdad*, y ha sentido "en roca, aceite y vino", su antigüedad. Es decir, su latitud de sangre y de alma, que ahora fluye en sus versos. Al contrario del turista superficial, que Beltrán Guerrero ha sorprendido en Niza o Cannes, "olvidado del tiempo, cansado de la historia", nuestro *visitante* venezolano, en contacto con la milenaria Europa, ha querido sentir el peso grávido del tiempo: "de las oscuras pátinas, el júbilo del tiempo", y ha visto, en cada piedra labrada, "la fábula del vuelo": su historia y su leyenda. No se ha sentido, como ciertos *snobs* de hoy y de siempre, de vuelta de todo, sino que se ha acercado a las tierras y los mares de Europa con el gozo virgen del enamorado, con la mirada sorprendida del poeta. Su itinerario poético ha partido de París, foco luminoso, hechizo insoslayable para el viajero americano, que le inspira su "Oda desde Lutecia"; y pasando por la Costa Azul —"Niza" es el título de uno de los poemas—, sigue después "De Madrid a Andalucía", Aranjuez, la Mancha, Bailén, Jaén, Granada, Málaga, Algeciras, Cádiz, Sevilla, Ecija, Córdoba... Y el libro se cierra bellamente con un poema fechado "bajo los cielos de Cataluña".

Estos poemas viajeros de Beltrán Guerrero —no olvidemos la rica tradición de poesía viajera hispánica—, Rubén, Juan Ramón, Federico, Alberti y tantos otros, no son meras instantáneas fotográficas. El poeta ha gustado empapar su alma en el paisaje de Castilla o en el sol y el mar andaluces. Y aún tiene un gesto despectivo e irónico —al modo sentencioso de Antonio Machado— para el turista —¿anglosajón?— que nada sabe ver, a pesar de su empeño:

*Turista:
de envés al revés*

*miras el cuadro.
La imagen miras
sin ser artista.*

*No por más requetever
verás lo que no ves.*

Sentimentalmente, como andaluz, me tocan más de cerca los poemas de esta segunda parte del libro: "De Madrid a Andalucía". Beltrán Guerrero ha sabido captar, en poemas casi siempre breves, cromáticos, frescos, la luz, el aroma y la savia de mi tierra andaluza: los olivos de Jaén, las aguas y el perfume de la Alhambra, la sombra de la Mezquita cordobesa, la luz azul que siluetea la Giralda. Y al llegar a Cádiz no falta un recuerdo para "el marinero en tierra" —Rafael Alberti—; y en Ecija —la sartén— una evocación —en uno de los poemas más logrados del libro—, para un humilde ecijano de la conquista:

*Martín Tinajero,
soldado de Andalucía.
Santo sin canonizar,
el primero,
de Venezuela, la mía.*

Pero sigue el itinerario andaluz y me topo, de pronto, con una sorpresa (para mí, algecireño), este breve e incisivo poemilla:

*Algeciras.
¡Río de la Miel
que vas a endulzar la mar!
Mar amargada y con ira.
¡Ingleses en Gibraltar!*

Ese morisco, y para mí familiar, Río de la Miel, que lleva sus dulces y parvas aguas a la bahía algecireña, me ha recordado a aquel poeta árabe, Ben Abi-Ruh, de la Algeciras arabizada, que ya en el siglo XII cantó así al humilde río (cito la bella versión castellana de Emilio García Gómez):

*Detente junto al río de la Miel, párate y pregunta
por una noche que pasé allí hasta el alba
bebiendo el delicioso vino de la boca o cortando la rosa del pudor.
Nos abrazamos como se abrazan los ramos encima del arroyo.
Había copas de vino fresco, y nos servía de copero el aquilón.
Las flores, sin fuego ni pebetero, nos brindaban el aroma del áloe.
Los reflejos de las candelas eran como puntas de lanzas sobre la loriga del río.
Así pasamos la noche, hasta que nos hizo separarnos el frío de las joyas.
Y nada excitó mi melancolía más que el canto del ruiseñor.*

No quiero decir adiós a Luis Beltrán Guerrero, cordial, nobilísimo *visitante* de la vieja España, sino hasta pronto. Y sea bienvenida su enamorada y limpia poesía a las librerías madrileñas.—JOSÉ LUIS CANO.